

Me despierta el toque suave de la azafata.

—¡Señor oprichnik! Hemos tomado tierra.

Magnífico. Echo un trago de agua mineral natural Altay y abandono el avión. La cinta semoviente me lleva al enorme edificio del flamante aeropuerto Ermak Timofeevich, de reciente construcción china. En tres ocasiones lo he visitado. Y cada vez por la misma turbia causa y en busca de la misma clarividente ayuda.

Junto al enorme monumento al paladín cosaco con su espada iluminada me esperan dos cachas del servicio de seguridad de la gran adivina. Pese a que ambos me sacan una cabeza y me doblan en anchura, al lado de la bota de granito de quien dio Siberia a Iván IV parecen dos ratoncitos en caftanes rojos de juguete.

Me acerco. Me saludan con las pertinentes reverencias y me acompañan hacia el coche. Durante el trecho siento las dentelladas del aire siberiano, más frío aún que en Orenburgo, que ya es decir. Treinta y dos bajo cero. Que se coman con patatas los agoreros foráneos esa dichosa cantinela suya del efecto invernal global. Queda todavía nieve y frío en Rusia para dar y vender, señores míos, no lo duden.

Me acomodan en el poderoso todoterreno chino Chu Pa Chie, cuyo frontal recuerda a un morro porcino. Hoy en día estos cacharros se ven por do-

quier en Siberia. Fiables son, infalibles, tanto en medio del frío más atroz como del calor más tórrido. Los siberianos los llaman «jabalíes».

Vamos primero por la autovía, salimos luego al camino real. Me manda aviso el líder de los pipiolos de Moscú: todo está listo para el apagamiento de la *estrella*, el concierto es a las 20.00. ¡Vale, estupendo, pues no me queda a mí aún tela que cortar!

El camino se arrastra por los bosquetes rústicos, luego se adentra en la taiga. Viajamos en silencio, contemplando a nuestro paso el desfile de pinos, abetos y alerces de nieve empenachados. Hermoso, aun con el solecito derivando hacia el ocaso. Una horita y anochecerá. Hemos recorrido unas diez verstas. Toma nuestro Chu Pa Chie el nevado camino vecinal. Mi urbanísimo Merced enseguida se atascaría aquí. Pero el «jabalí», como si nada: sus grandes ruedas, de un arshín y medio por lo menos, amansan la nieve como una batidora. Arrolla el jabalí chino por la nieve rusa, una y otra y otra versta hasta que de pronto se interrumpe la taiga milenaria. ¡Hemos llegado! En el ancho claro, de pinos seculares talado, se alza el torreón estrafalario, de agujas afiligranadas, enrejados ventanales, tallados jambajes y tejado escamoso de cobre ornado de gallos y giraldas. Lo rodea una empalizada de diez arshines de alto, hecha de robustos y puntiagudos troncos, inexpugnable para cualquier hombre o bestia. Ni el mismito Ermak Timofeevich redivivo podría salvar sus afiladas puntas, se dejaría en el empeño sus cojones de granito.

Nos aproximamos a las imponentes, anchísimas puertas de hierro forjado. Manda el Chu Pa Chie la señal invisible-insonora, se abren las pesadas hojas.

Pasamos al patio de la finca de Praskovia. Cercan el vehículo los guardianes en sus trajes chinos, armados de espadas y mazas con púas. China es toda la guardia privada de la vidente, maestros de kung-fu todos sus miembros. Me apeo del «jabalí», subo los escalones del zaguán labrado, decorado con figuras de la fauna siberiana. No inspira temor, sino armonía, ese bestiarío donde reina excepcional concordia, fraternal avenencia entre las especies. Aquí lame el lince la frente a la corza, allá juegan lobeznos con jabatos y acullá se amartelan liebres y zorros o descansa la ortega en el lomo del armiño. Y dos osos sostienen los pilares.

Dejo atrás el zaguán y de pronto me hallo en otro mundo, de un jaez por completo distinto. Ni rastro ya de maderas talladas ni motivos rusos. Paredes lisas y desnudas de mármol veteado, suelo de piedra traslúcida, iluminado con luz verde subterránea, techo de ébano. Arden los candiles, humean las sustancias aromáticas en los pebeteros, chorrea la cascada en la rocalla de granito, irradian blancura los nenúfares en el aljibe.

Sin el más mínimo ruido se me acercan los sirvientes de la vidente. Semejantes son a sombras del más allá: frías las manos, impenetrables los rostros. Me retiran las armas, el parlante, el caftán, la chupa, las botas. Me quedo en camisa, calzón y calcetines de lana de cabra. Alargo las manos hacia atrás. Los sigilosos sirvientes me visten con la bata china de seda, me abrochan los lazos, me calzan zapatillas suaves. Así está establecido en este lugar. Lo mismo rige para todos: príncipes, condes o notables del Círculo Interno cambian sus atuendos por la bata cuando a la vidente visitan.

Paso adentro. Mudo y desierto está como suele el corredor, sin más presencia que la de los animales de jade y los jarrones chinos sumidos en la mortecina penumbra, donde apenas se entrevén los jeroglíficos murales en honor y memoria de la eterna sabiduría.

Hasta que se oye en la negrura la voz del mayordomo:

—Mi señora le ruega que la espere al lado del fuego.

O sea, que hablar toca otra vez al amor de la lumbre, como gusta de hacer la dueña casi en cualquier estación, a saber si por mor de su don o simplemente porque siempre tiene frío. Aunque no me quejo, y menos hoy con lo que muerde afuera, y a fin de cuentas verdad es que contemplar el fuego relaja. Como dice Padre, tres cosas hay que uno puede mirar sin cansarse: el fuego, el mar y cómo el prójimo trabaja.

Dos callados guardianes me conducen al caldeado aposento, oscuro y silencioso salvo por lo que arde y chisporrotea en el hogar, que no sólo es leña, sino también papel y cuero. Libros mezclados con leños de abedul, como es costumbre en esta casa. Al lado de la gran chimenea hay una pila de leños y otra de libros. ¿Qué quemará hoy la clarividente? La última vez era poesía.

Se abren las puertas, se oye el *susurro*. Ha llegado.

Me vuelvo. Avanza hacia mí Praskovia con sus inseparables muletas de azulados fulgores, arrastrando las magras piernas yertas, taladrándome con la burlesca fijeza de sus ojos. Tras, tras, tras, se arrastran sus piernas por el suelo de granito. Es su *sonido*.

—Buenas, palomo.

—Buenas, Praskovia Mamontovna.

Suavemente se mueve, cual si patinara sobre el hielo. A un paso de mí, estatuaria y teatral se planta, se para a mirarme y miro yo a su singular semblante, que en toda Rusia no lo hay igual. Ni femenino es, ni masculino, ni viejo ni joven es, ni alegre ni triste, ni maligno ni bondadoso. Pero en sus ojos verdes siempre hay júbilo, un júbilo tan permanente como indiscifable para los simples mortales, sólo Dios sabe lo que hay detrás de él.

—Así que otra vez has volado hacia mí...

—Otra vez, Praskovia Mamontovna.

—Siéntate.

Me siento en un sillón, ante la chimenea. Ella se desliza hasta su silla de madera oscura. Hace un gesto al sirviente. Coge éste un libro de la pila y lo echa al fuego.

—¿Y otra vez a vueltas con el viejo asunto?

—Con el mismo.

—Viejo es como la piedra en el agua. En torno a la piedra chapotean los peces, por encima juegan las aves del cielo en el aire divino, exactos en esencia a la humana corriente, que gira en meandros mas jamás vuelve atrás, que goza y rebosa en la noria de la vida y de la muerte, llenando sin cesar los canjilones de pino y balbucea al fin hundiéndose en la tierra para regresar al mundo por el cauce materno.

Se calla y mira al fuego. Yo no oso abrir la boca, cohibido como siempre en su presencia. Ni ante el Soberano me azaro tanto como ante Praskovia.

—¿Otra vez has traído los cabellos?

—Así es.

—¿Y la camisa?

—Y la camisa interior he traído, Praskovia Mamontovna.

—La camisa que se pega al cuerpo no tiene parangón con nada, absorbe y sabe, dura y perdura lo que aprehende y aprende, se envejecerá y se pudrirá, al agua hirviendo irá, se secará, se alisará, a su amado dueño se ajustará otra vez como la piel, mas la memoria de sus gestos, por obra y gracia de la labor bien hecha, se empapará de la querencia de quien la encomienda.

Mira al fuego. Allí arde *El idiota*, de Fiodor Mijailovich Dostoyevski. Se enciende por los costados, la tapa ya echa humo. A una nueva señal de la vidente, tira el fámulo otro libro al fuego. *Anna Karenina*, de Lev Nikolaevich Tolstoy. Cae el pesado tomo sobre el anaranjado ardor de las brasas, yace y se arrebujaba en el lecho incandescente y de pronto se inflama y resplandece por completo mientras yo observo hechizado la lengua de fuego, el fuego de la lengua, las palabras saltando en chispas y pavesas, deshaciéndose en cenizas.

—¿Qué miras? ¿Acaso nunca has quemado libros?

—Allí de donde vengo, Praskovia Mamontovna, sólo se queman los libros perniciosos, reos de obscenidad o de sedición.

—¿Será que éstos los crees útiles?

—Los clásicos rusos son provechosos para el Estado.

—Palomo, los libros sólo debieran ser oficiosos: de oficio carpinteril, de estufero, de albañil, de eléctrico, de barquero, de mecánico o moldero, tejedor o costurero, de matarife o joyero, de grumete o de

alcahuete, para aprendices felices, oficiosos y no ociosos...

No la contradigo, me curo en salud, mejor no importunarla, no vaya a ser que pese a su inmarcesible júbilo me ponga de patitas en la calle y me quede yo sin cumplir mi importante recado.

—¿Te has tragado la lengua?

—¿Qué puedo yo decirle que usted no sepa ya?

—Bueno, sólo sé de aquello en lo que me fijo, así que cuéntame qué ocurre por allí, en vuestra Moscú.

Al tanto estoy de sobra de que en casa de la vidente no hay burbujas noticieras, ni aparatos de radio, vaya eso por delante, y sígale la indisimulada evidencia de que su dueña detesta a la oprichnina. En fin, no es la única, a Dios gracias por otra parte...

—La vida en Moscú es próspera, la gente nada en la abundancia, sin rebeliones, y prosigue a buen ritmo la construcción del nuevo enlace subterráneo entre la estación Savelovsky y el aeropuerto Domoedovo...

—No iba yo por ahí, palomo —me interrumpe—. ¿A cuántos matasteis hoy? No quiero más que me confirmes lo que olisco: atufas a sangre fresca.

—Hemos aplastado a un noble.

Me hinca los ojos y pronuncia:

—Aplastas a uno, crías a diez. La sangre no enjuga la sangre, en falso se cierra y cicatriza y se cubre de costra y en trapos se envuelve y de nuevo los mancha e infecta rebrota y purulenta mana con más fuerza y más rabia.

Y de nuevo atiza el fuego con los ojos jubilosos. No hay quien la entienda: la vez pasada por poco

me echa fuera cordialmente al enterarse por mi boca de que habíamos *despachado* en el Patíbulo a seis escribanos de la Cámara Mercantil. Masculló entonces sin perder la alegre luz de su mirada que éramos un hatajo de *iletrados* sanguinarios. Y la anterior, en cambio, cuando supo lo de la ejecución del gobernador de la región de Oriente Lejano, me salió con que nos habíamos «quedado cortos»...

—Blanco abedul es vuestro Soberano. Y en el blanco abedul hay ramas secas, y en una de ellas posado está el halcón que a ardilla viva por la espalda pica y rechina el desdichado roedor sus dientes y si con oído puro su chirrido escuchas acabarás distinguiendo dos palabras: «llave» y «oeste». ¿Comprendes, palomo?

Qué voy a comprender. Yo, punto en boca. Que diga lo que se le antoje, pues todo le es permitido decir y hacer por ser quien es o lo que es. Hasta golpearme la frente con su mano reseca puede cuando tantos otros morderían el polvo. Puede y lo hace:

—¡Piensa!

¿Que piense qué? ¡Piense o no piense, no entenderé un ardite!

—Nada logro inferir, Praskovia Mamontovna. ¿Se trata, a lo mejor, del... agujero?

—Cojo eres de mente, palomo. No es el simple agujero, es Rusia entera.

¡Fíjate, conque de eso iba la copla, nada menos que de Rusia entera! Más grande aún me lo fía y más hondo socava el abismo de mi comprensión. No puedo por más que refugiar mi mirada en la danza de las llamas que devoran los restos de *El idiota* y *Anna Karenina*. Y debo decir que arden que es un primor. En general, los libros flamean más que bien. Y eso por no

hablar de los manuscritos, pura pólvora. Muchas hogueras de libros manuscritos he visto en nuestro *patio* y en la Chancillería Secreta. La misma Cámara de Escritores quemaba originales a destajo en la plaza Manezhnaya limpiándose así de la subversión interna y aliviando nuestra tarea. En honor a la verdad, tengo que decir que las hogueras librescas calientan como la que más o más si cabe. De especial *calidez* son esos fuegos, pues no sólo se notan por fuera sino también por dentro. Y aún más *cálidos* fueron dieciocho años atrás, cuando el pueblo quemó en la Plaza Roja sus pasaportes extranjeros. ¡Qué hogueraza, por Dios, qué santa pira! Aún me duran los rescoldos de aquella impresión adolescente. Despreciando el frío y crudo enero, respondiendo al llamado del Soberano, traían las gentes sus visados a la principal plaza del país y los echaban al fuego. Venían por millones a alimentar la pira. No sólo de Moscú, de todas partes acudían para carbonizar esos vestigios de la Disensión Blanca. Para jurar fidelidad al Monarca. Cerca de dos meses ardió aquel sacro fuego...

Echo miradas de reojo a la vidente. Fijos sus ojos verdes en la lumbre, de todo parecen haberse olvidado, igual que ella, impasible cual esfinge egipcia. Pero el trabajo no espera. Carraspeo.

Se mueve:

—¿Cuándo tomaste leche por última vez?

Hago memoria:

—Anteayer, al desayunar. Aunque yo, Praskovia Mamontovna, nunca tomo leche sola, la mezclo siempre con café.

—De la vaca jamás bebas su leche, sólo cómete su mantequilla. ¿Sabes por qué?

¡Qué leches voy a saber!

—La leche de vaca tatarea en la cabecera: me sentaré en el corazón, acumularé el veneno, con agua lo mezclaré, conmigo lo cubriré, al ternero rezaré, los huesos de mi hijito vendrán a despedirse, los huesitos blancos del bravo que nunca será, y como ellos morirá la fuerza, como ellos se irá.

Asiento como si entendiera:

—Nunca más, nunca más tomaré leche.

Coge mi mano entre las tuyas, huesudas pero suaves.

—Come la mantequilla. Porque la mantequilla de vaca guarda la fuerza, en el batimiento se aumenta, se gira, se encoge, en el estante descansa, fermenta su grasa, en el hígado se mete, por debajo de la piel se instala, en fuerza se convierte.

Asiento algo más conforme. La mantequilla me gusta. Sobre todo cuando untas con ella el pan blanco, calentito, y encima le echas el caviar...

—Ea, veamos ese asunto tuyo.

Metó la mano en mi seno y saco la bolsa de seda azul con las iniciales de la Soberana. Extraigo de la bolsa la camisa masculina de apresto finísimo y dos mechones en papelitos envueltos: negros los unos, rubios los otros. Toma primero Praskovia los cabellos. Los deja en la palma de su mano izquierda, los acaricia con la yema de los dedos, los escruta muy de cerca, bisbisea, y, al cabo, pregunta:

—¿Cómo se llama?

—Michail.

Murmura algo por encima de los pelos, los mezcla, los encierra en su puño. Luego, ordena:

—¡Cáliz!

Se deslizan, apenas discernibles, los sirvientes. Traen un cáliz cerámico con aceite cedrino dentro que depositan en las rodillas de la vidente. Tira ella los cabellos al aceite, agarra el cáliz con sus manos huesudas, se lo acerca al rostro. Comienza:

—Agarra-adhiere-pega por los siglos de los siglos el corazón del bravo mozo Michail al corazón de la bella doncella Tatiana. Agarra-adhiere-pega. Agarra-adhiere-pega. Agarra-adhiere-pega. Agarra-adhiere-pega. Agarra-adhiere-pega.

Recoge Praskovia la camisa del joven jefe de escuadrón del regimiento Kremlevskiy, Michail Efimovich Skoblo, la hunde en el aceite y pasa el cáliz a los sirvientes. Ya está.

Dirige su mirada clarividente hacia mí:

—Dile a tu Soberana que hoy al amanecer el corazón de Michail quedará pegado al suyo.

—Gracias, Praskovia Mamontovna. El dinero vendrá como siempre.

—Dile que no me mande más dinero. ¿Qué hago con él, salar la nieve? Que me mande semillas de helecho, arenques bálticos y libros. Ya casi he quemado todos los que tenía.

—¿Qué libros desea? —intento precisar.

—Rusos, sólo libros rusos...

Asiento de nuevo con la cabeza y me levanto nervioso, puesto que ahora quizás no estaría de más echar un cuarto a espadas e inquirir por mis propias cuitas, mas no sé cómo traerlo a colación. Sin embargo, a Praskovia nada se le escapa.

—¿Por qué trajinas? ¿De lo tuyo no te atreves a hacer mención?

—Así es, Praskovia Mamontovna.

—Contigo todo está más claro que el agua, halconcito, no hace falta ni que abras el pico: la moza está encinta.

¡Toma noticia!

—¿Cuál de ellas?

—La que vive en la misma casa que tú.

¿Anastasia? ¡Si le di las grageas! Y aun así, a la zapa... ¡Ay, mi madre!

—¿Hace mucho?

—Más de un mes. Y cumplirá los nueve. Alumbrará al niño.

No digo nada, recupero el dominio, paso página, ya lo arreglaremos.

—¿Y por los avatares del servicio? ¿Nada quieres preguntar?

—Si no es mucho pedir...

—Por ahora va bien todo. Pero hay envidiosos.

—Lo sé, Praskovia Mamontovna.

—Si lo sabes, ándate con cautela. En una semana se te estropeará el coche. Pillarás el mal leve. Te taladrarán una pierna. La izquierda. Recibirás dinero. No mucho. Y te zurrarán la badana. Un poco.

—¿Quién?

—Tu jefe.

Se alivia mi corazón. Padre es eso, como un padre. Hoy azota, mañana acaricia. Y en cuanto a la pierna... no será la primera vez.

—He acabado contigo, pichón. ¡A tu palomar!

No tan deprisa. La última pregunta. Nunca se la he hecho, pero hoy fue ella quien prendió la mecha y si no la hago estallo. Me preocupó muy en serio, así que me armo de valor lo suficiente como para transparentar mi desazón.

—¿Qué más quieres? —Praskovia me mira de hito en hito con su inquietante júbilo.

—¿Qué va a ser de Rusia?

Fijamente me taladran en silencio sus socarros ojos.

*Temblando* espero.

—Nada.

Me inclino en profunda reverencia, tocando el suelo de piedra con la mano diestra.

Y salgo.